

impulsora de formas de consumo que se van haciendo cada vez más masivas como el turismo?” (11). Lejos de agotar el objeto de estudio, estos interrogantes que surgen de los trabajos compilados abren nuevas líneas de exploración. Se trata de miradas e interpretaciones polifacéticas, producto de heterogéneas trayectorias académicas y críticas de quienes colaboran en él, que enriquecen indudablemente nuestro panorama de la crónica latinoamericana.

CONICET, FHyA-UNR

JULIETA VIU ADAGIO

APRIL J. MAYES. *The Mulatto Republic: Class, Race, and Dominican National Identity*. Gainesville: UP of Florida, 2014.

En su libro más reciente, April J. Mayes estudia cuestiones relacionadas con los procesos ideológicos e históricos que han moldeado la identidad dominicana durante el final del siglo diecinueve y la primera mitad del veinte. A través de una exploración histórica comparativa de la región alrededor de San Pedro de Macorís, la autora establece una conexión entre los contextos ideológicos y las realidades vividas, los intereses y la influencia de las élites y los Estados Unidos, e indaga en las complejidades locales de la vida social y política de esta ciudad, en especial en relación a la evolución del *Hispanicismo* y las actitudes y prácticas anti-Afro como base de un discurso nacionalista.

El libro está dividido en seis capítulos, los cuales toman como punto de partida un retrato de los intelectuales progresistas y la transformación de la industria azucarera, para luego establecer un contrapunto de la historia social entre el *hispanicismo* y los sectores Afro en San Pedro de Macorís. También se presenta una evaluación crítica del rol específico de los militares de los Estados Unidos durante la ocupación del país en este proceso. El último capítulo contiene una discusión sobre el género como otro de los elementos claves dentro del discurso nacionalista dominicano.

En el primer capítulo, Mayes cuestiona la tendencia intelectual estadounidense de calificar a los pensadores dominicanos progresistas de la época como racistas o como individuos motivados por los ideales blanco-céntricos de las élites del momento. La autora discute las diferentes maneras de imaginar la dominicanidad que promulgaron los intelectuales del día, incluyendo a Bonó, Luperón, Hostos y Galván. Mayes propone que el primero de ellos, por ejemplo, romantizaba la relación blanca-negra dominicana mientras criticaba las elecciones políticas de los haitianos, y que ambos

Luperón y Hostos se empeñaban en establecer diferentes versiones de una sociedad pan-antillana, racial y culturalmente mezclada. Galván, como precursor intelectual del *antihaitianismo*, fue el único entre esta élite erudita que borraba por completo a los Afro-descendientes de la narrativa nacional. Esta discusión ilustra que, en el cambio del siglo, existían múltiples ideas sobre cómo se debería definir la nación desde ese momento en adelante, algunas más inclusivas que otras.

En el segundo capítulo, Mayes centra su discusión en San Pedro de Macorís, situado en el sureste de la República, y uno de los centros de la etnia cocola –descendientes de los migrantes Afro-antillanos de las islas angloparlantes–. La autora retrata cómo, a principios del siglo veinte, se realiza un cambio en la dinámica política de esta región debido a varios factores. Primero, se transformó radicalmente la producción azucarera volviéndose una industria dominada por colonos e ingenios-centrales –financiados largamente por capital extranjero– lo que produjo una clase políticamente poderosa, que junto a una nueva clase profesional ejercían gran influencia en el gobierno local. Segundo, el gobierno de Ulises Heureaux (1888-1899), a través de una estructura de poder vertical basada en el nepotismo y el patrocinio financiero, proveyó la estabilidad necesaria a nivel de gobierno municipal. Finalmente, mientras en la ciudad se establecía una élite política y profesional basada en el personalismo, la centralización de la propiedad tenía severos efectos sobre los campesinos y los pobres en el campo. Al verse privados de sus tierras y de la participación política directa, estos se movilizaron como *gavilleros*, dedicándose al bandolerismo y a la rebelión armada. Mayes indaga en las posibles implicaciones de calificar a estos bandidos como criminales o como revolucionarios con una agenda ideológica, y concluye que en cualquier caso su posición estaba apartada de los procesos y el poder político. Esta parte fue una de las que más llamó mi atención y me hubiera gustado entender de una manera más profunda cómo la temática de los *gavilleros* se integraba con el argumento total de la obra.

El tercer capítulo se enfoca en el fenómeno del *hispanicismo* y cómo éste ayudaba a cimentar las nuevas élites –de criollos y migrantes blancos y ricos– como la clase dominante. Mayes sugiere que el efecto más importante de este orden político y cultural jerárquico era el vínculo constituido entre lo blanco y las nociones de la civilización, el progreso y la Modernidad. Esto se realizó a través de un proceso de ordenamiento cultural y el establecimiento de varias asociaciones como el Teatro Colón o el Club Español. Particularmente notable en esta sección es la breve discusión de las revistas de la época, sobre todo de *Blanco y Negro*, y el análisis de las imágenes en cuanto a su favorecimiento de sujetos blancos. Al final, en San Pedro –como en muchos otros lugares del país– alcanzar una educación de avanzada, adquirir riqueza y poseer descendencia europea se establecieron como las normas para aquellos que aspiraban al éxito y al poder.

El siguiente capítulo concentra su atención en los sectores pobres y Afro-antillanos de la ciudad que a partir de la última década del siglo diecinueve proveían la mano

de obra principal para la industria azucarera en la región. Este grupo de migrantes, al contrario de los extranjeros ricos y blancos, fueron largamente excluidos de la comunidad nacional emergente por la asociación directa de los trabajadores negros con el crimen, la violencia y el desorden. La prensa regional, en muchos casos, se encargó de propagar esta imagen. La autora propone que la vigilancia policial y la subsecuente violencia utilizada por las autoridades contra los trabajadores y las prostitutas Afro-antillanas no fue producto de un conflicto de clase o de prejuicios raciales, sino que formó parte de una construcción imaginativa de orden negativo de este grupo. El ejemplo de la regulación de las zonas de tolerancia explica de una manera detallada cómo en San Pedro se establecieron dos espacios contrapuestos divididos por ideología, poder, control y moralidad, un hecho anclado en una jerarquía racial basada en el concepto de la civilización. El argumento más impactante de este capítulo –y quizás del libro– llega al final: Mayes concluye que el concepto del *antihaitianismo* no explica las actitudes anti-negras en San Pedro de una manera suficiente. El rechazo de los sujetos Afro más bien resultaba de una matriz de factores que incluyen el rol particular del capital extranjero en la región, la presencia de los trabajadores Afro-antillanos y la ideología racial-moral que los convertía en objeto de vigilancia y exclusión política. Este nexo entre los cocolos y los haitianos sugiere que el rechazo de los haitianos no se basaba en la experiencia histórica de la memoria de la ocupación haitiana (discurso oficial), sino que las élites del momento manipulaban y aprovechaban las diferencias raciales para fomentar el desarrollo de una clase subordinada Afro-descendiente.

El quinto capítulo analiza la evolución del concepto racial dominicano durante la ocupación del país por los Estados Unidos (1916-1924). Vale recordar que la República Dominicana ya estaba verticalmente integrada al imperio comercial estadounidense, en parte gracias a Heureaux y su inmenso apetito de capital, y a la *Dollar Diplomacy* que practicaba Taft desde Washington a principios del siglo veinte. Mayes sugiere que la reacción a la ocupación militar por el vecino del norte y la movilización Afro local contribuyeron a la fundación de la ideología nacional anti-negra que a partir de este momento dominó las políticas y las jerarquías sociales. Para ilustrar su argumento, la autora se acerca por medio de dos vías. Primero, examina la cultura asociativa de la comunidad cocola en San Pedro y discute la forma en que las experiencias en las iglesias y las logias proveyeron una base para construir una identidad compartida entre los trabajadores migrantes. La pequeña filial local de la UNIA (*United Negro Improvement Association*) y su discurso nacionalista negro contra el paternalismo racista provocaron una reacción negativa de las autoridades militares estadounidenses, ya que estos temían la posibilidad de una “guerra racial” (96). En otras palabras, los estadounidenses veían la necesidad de prevenir un alzamiento Afro en la región. Mayes ilustra con varios ejemplos el rol de los militares en la institucionalización del racismo, definiendo a los dominicanos como un pueblo racialmente mezclado y favoreciendo a los más blancos.

La jerarquía racial así constituida les servía a las élites locales, las cuales —a través de la *latinidad*— lograron diferenciarse de los invasores a la vez que mantenían su privilegio ya establecido basado en la autoridad civilizada, patriarcal e hispana.

Después de discutir el factor racial de dicha *hispanidad*, el último capítulo investiga el género como otro elemento intrínseco del nuevo discurso nacionalista. La autora busca corregir las afirmaciones de otros intelectuales que desestimaron el movimiento feminista bajo Trujillo como una farsa o como una simple herramienta propagandista. El argumento de Mayes —que el feminismo era un pilar fundamental para el régimen trujillista, para la modernización del estado y el proyecto nacionalista hispanista— se desarrolla a través de una discusión enfocada en tres figuras feministas petromacorisanas (Evangelina Rodríguez, Petronila Angélica Gómez y Ercilia Pepín). Esta elaboración abarca las *normalistas* (maestras) influenciadas por Hostos, el activismo feminista social y anti-imperialista dentro de un marco hispano, y también el éxito de conseguir la ciudadanía femenina completa bajo Trujillo, la cual sin embargo estaba restringida al ámbito doméstico. El capítulo concluye apuntando hacia una realidad aún hoy significativa: es necesario entender el nacionalismo hispanista no solo como una ideología racista y clasista sino también como una dinámica anclada al género y la sexualidad.

*The Mulatto Republic* —a través de un acercamiento histórico y comparativo— expone la existencia de varias ideologías alternativas. Al mismo tiempo manifiesta que el desarrollo de un nacionalismo dominante hispanista y antihaitiano no fue una evolución natural sino un proceso complejo y fomentado en gran parte por aquellas élites criollas, blancas y ricas que buscaban consolidar su autoridad y se aprovechaban de una fuerza laboral barata. *The Mulatto Republic* no desestima el rol que cumplió la ocupación estadounidense en la República Dominicana.

El trabajo de Mayes tiene una gran relevancia en el contexto actual, sobre todo a la luz del reciente esfuerzo de desnacionalización de cientos de miles de dominicanos de ascendencia haitiana y el subsiguiente debate sobre la identidad nacional dominicana. Aporta el ejemplo muy localizado de San Pedro, y a través de ello nos deja entender el contexto más amplio de la evolución ideológica dominicana, empezando con las corrientes progresistas e inclusivas a finales del siglo diecinueve y alejándose de ellas hacia un discurso exclusivo y anti-negro del nacionalismo trujillista. Además, descalifica el anti-haitianismo como fuente y verdad absoluta histórica informando las relaciones étnicas, culturales y dinámicas, disputando así una visión binaria y simplista a la identidad socio-racial dominicana, la cual, como demuestra Mayes, es más compleja, se expresa en tonalidades diferentes y se conecta con contextos y circunstancias específicas.

*The Mulatto Republic* es un aporte valioso no solo para los historiadores, sino también para aquellos intelectuales de otras disciplinas que desean entender mejor el

debate sobre las raíces, los diferentes discursos y la trayectoria del desarrollo de la identidad dominicana en el cambio del siglo y durante la primera mitad del siglo veinte.

*University of Pittsburgh*

ARNE ROMANOWSKI

JOSÉ IGNACIO PADILLA. *El terreno en disputa es el lenguaje. Ensayos sobre poesía latinoamericana*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2014.

¿Puede un género literario decirnos algo sobre las “articulaciones entre lenguaje y capitalismo” (9)?, se pregunta José Ignacio Padilla al inicio de sus reflexiones en torno a la “poesía actual”. Guiado por cierto espíritu de desacato académico, irá de la monografía al ensayo (del protocolo, afirma, a la intuición) y preferirá un abordaje más bien espontáneo, suelto, poco ortodoxo, dejando de lado la organicidad en favor del esbozo y el tanteo. La concepción de “ensayo” desarrollada en el libro estará lamentablemente más lejos de Montaigne (“*je suis moi-même la matière de mon livre*”) o Woolf (“*I should never be able to come to a conclusion*”), que del discurso, a veces tedioso, del docente universitario. Para el crítico, existe “cierta poesía” —en lengua española y portuguesa— que llama la atención debido a que se “resiste a la significación” (18), que, en la búsqueda de nuevos y desnudos “procedimientos lingüísticos”, renunciando a toda “originalidad lírica” (20), habría logrado desestabilizar “la lengua, la ética, al lector” (19). En este grupo estarían Montalbetti, Anwandter y Gubbins. En el otro —Eielson, el grupo brasileño Noigandres, Huidobro e Hidalgo—, se habría desarrollado un modelo verbal de poesía disconforme, subversiva, nutrida en las artes plásticas o el diseño publicitario, y también resistente a “producir significación” (9). Esto último, entendido como la capacidad del lenguaje de romper su propia sistematicidad referencial, de escapar de su laberinto helicoidal e infinito. El núcleo de estas reflexiones gira en torno pues a las posibilidades del lenguaje (no de la poesía) de ir *más allá* de su función mediadora —tan ambigua como compleja— de la realidad, para reconstruirse a sí misma y ayudarnos a escapar de (lo que el autor llama) las “totalidades homogéneas” (19).

En la primera parte, Padilla cree encontrar en la producción del poeta peruano Mario Montalbetti un rasgo distintivo: una insatisfacción (no sabemos si de raigambre metafísica) frente al discurso poético como fuente inagotable de saber; lo que llevaría a su obra a la fervorosa problematización de la representación y la pérdida de su ontología artística. Vivimos, dice Padilla, “un vaciamiento del lenguaje” (15). Poco clara resulta sin embargo en estas páginas su crítica a la cuestión del capitalismo y su